escribe

# Eva Perón

Biblioteca del Congreso
ARGENTINA

Perón, Eva
Escribe Eva Perón. – Buenos Aires : Biblioteca del Congreso de la Nación, 2019.
56 p. ; 23 cm.

ISBN 978-950-691-108-9.

1. Perón, Eva, 1919-1952 – Ensayos, conferencias, etc. I. Biblioteca del Congreso de la Nación (Argentina). II. Título.

Propietario
Biblioteca del Congreso de la Nación

Director Responsable
Alejandro Lorenzo César Santa

Diseño, compaginación y corrección
Subdirección Editorial

Impresión
Dirección Servicios Complementarios
Alsina 1835, 4.º piso, CABA

© Biblioteca del Congreso de la Nación, 2019
Alsina 1835

Impreso en Argentina - Printed in Argentina
marzo 2019

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
ISBN 978-950-691-108-9

En el marco del 100.º aniversario del nacimiento de Eva Perón, la Biblioteca del Congreso de la Nación publica, en versión facsimilar, un conjunto de escritos de su autoría redactados para el diario *Democracia* en 1948 y compilados posteriormente bajo el nombre de "Escribe Eva Perón".

La estrecha relación que Eva forjó con el pueblo, su lucha por los trabajadores y desposeídos, y su entrega por la justicia social la convirtieron, junto a Perón, en ícono del movimiento de masas y, ciertamente, en una de las figuras más importantes de la historia argentina del siglo XX.

Eva Perón no quiso adaptarse al rol que el poder y la sociedad de entonces reservaban para la mujer, y en particular para la esposa del Presidente de la Nación. Así, su vida, acción y legado no pasaron desapercibidos, porque cuestionó la sociedad desde sus cimientos y nos sigue interpelando de forma ineludible ante la injusticia y la desigualdad.

Los quince artículos de esta publicación, escritos entre julio y noviembre de 1948, buscaron intervenir en algunas discusiones de la época. Algunos son más coyunturales que otros, pero en todos está presente el mismo tono de indignación que le provocaba la miseria y la indiferencia de los más ricos, que tanto caracterizó sus más famosas alocuciones.

A cien años de su nacimiento, los invitamos a leer un texto que nos acerca al pensamiento de Eva y nos permite descubrir una escritura que se abre al sentimiento y la política.

ESCRIBE

# EVA PERON

BUENOS AIRES
1951

*SE ha reunido en este volumen una serie de artículos que escribió especialmente para «Democracia» Eva Perón. Redactados sobre la marcha ante la necesidad imperativa de aclarar un concepto o adelantar una opinión sobre cosas y hechos que planteaba la realidad, tienen estos artículos dos valores esenciales: el poder de síntesis con que enfocan los problemas analizados en su diversidad y la claridad transparente de las posiciones sostenidas. Polémicos unos, teóricos otros, aclaratorios los más, se muestran, reunidos, ricos en conceptos, definiciones esenciales que no sacrifican sus valores permanentes bajo la amena brevedad que los caracteriza. Son, en suma, imágenes de su autora, que prefiere la acción a la relación y las realizaciones a las promesas o al debate académico.*

*Corresponde cada uno de ellos a un problema específico o a una cuestión fundamental para la marcha del pueblo hacia su total liberación, en el triple aspecto económico, político y social, y han sido entresacados de la acción misma de nuestra vida diaria, impulsada hasta sus raíces por la dinámica de la revolución que encontró en el General Perón su conductor y su guía. Expresa cada uno de ellos un instante nacional enfocado desde el ángulo consecuente a la más fiel y más próxima colaboradora del líder de la revolución. Tienen, pues, sobre su valor de actualidad, el que corresponde a su procedencia, que son las fuentes responsables y legítimas de nuestro resurgimiento como Estado y como Nación. De ahí su unidad en este volumen.*

*Es indudable que nuestra vida colectiva, lanzada hacia índices superiores de convivencia nacional, cambia en proporción directa a su dinamismo y en su marcha deja atrás al pasado. Pero tal característica, que corresponde a toda época efectivamente revolucionaria, no sólo sostiene sino que consolida y fortalece sus valores esenciales. Estos artículos de Eva Perón tienen como fondo, por lo general, uno de esos valores. Y mantienen hoy, como ayer, el interés del pueblo hacia quien los dirigió, para quien los plasmó y en beneficio de quien incesantemente trabaja la excepcional colaboradora del General Perón.*

# POR QUE SOY PERONISTA

*El peronismo no se aprende ni se proclama; se comprende y se siente, ha dicho Perón. Por eso es convicción y es fe.* Es convicción porque nace y se nutre en el análisis de los hechos, en la razón de sus causas y de sus consecuencias. Tiene el empuje y la dinámica de la historia en marcha. Es la conciencia hecha justicia que reclama la humanidad de nuestros días. Es trabajo, es sacrificio y es amor, amor al prójimo. Es la fe popular hecha partido en torno a una causa de esperanza que faltaba en la patria y que hoy proclama el pueblo en mil voces distintas en procura de una libertad efectiva nunca alcanzada, a pesar del dolor y del esfuerzo de este glorioso pueblo de descamisados.

¿Cómo las mujeres argentinas podrían desertar de esta causa de todos? En la lucha todos tenemos un puesto y ésta es una lucha abierta por el ser o no ser de la Argentina. Luchamos por la independencia y la soberanía de la patria, por la dignidad de nuestros hijos y de nuestros padres, por el honor de una bandera y por la felicidad de un pueblo escarnecido y sacrificado en aras de una avaricia y un egoísmo que no nos han traído sino dolores y luchas estériles y destructivas. Si el pueblo fuera feliz y la patria grande, ser peronista sería un derecho; en nuestros días, ser peronista es un deber. *Por eso soy peronista.*

Soy peronista, entonces, por conciencia nacional, por procedencia popular, por convicción personal y por apasionada solidaridad y gratitud a mi pueblo, vivificado y actuante otra vez por el renacimiento de sus valores espirituales y la capacidad realizadora de su jefe: el general Perón. Mi dignidad de argentina y mi conciencia de ciudadana se sublevó ante una patria vendida, vilipendiada, mendicante ante los mercaderes del templo de las soberanías y entregada año tras año, gobierno tras gobierno, a los apetitos foráneos del capitalismo sin patria y sin bandera.

Mi solidaridad con el pueblo, cuya callada epopeya he sentido en mi carne y he sufrido en mi sensibilidad, refirma mi peronismo. Porque he vivido los problemas del movimiento, su difícil gestación, su desenvolvimiento y la victoria final de la revolución y porque he pulsado el amor apasionado que el general Perón alienta por su pueblo y por sus vanguardias descamisadas, es que me he convertido en un

soldado humilde de esta causa del pueblo, con una fe inquebrantable en el éxito y con un deseo irrefrenable de quemar la vida para alumbrar el camino de la liberación popular.

Soy peronista porque veo al general Perón levantarse al amanecer y agotar su salud en interminables jornadas para proveer al bienestar de su pueblo; soy peronista porque gradúo con su fatiga la felicidad de su espíritu por llevar alegría y dignidad a los trabajadores argentinos; soy peronista porque me ha sido concedida la felicidad de compartir sus luchas, de sufrir sus dolores, de vivir sus alegrías y de alimentar sus esperanzas en un futuro mejor para todos los que trabajan y para todos los desvalidos, de quienes nadie se acordó hasta que él llamó al pueblo a la realidad de nuestra patria. Soy peronista, en fin, por convicción y por sentimiento, por confianza en la bondad y en los esfuerzos de los descamisados, en esta lucha por la total independencia económica de la patria, por nuestra completa liberación y por nuestra absoluta y limpia soberanía.

Este peronismo mío se ha retemplado en la lucha, se alimenta en ella y se afirma en la fe. Tiene la fuerza incontenible de las causas justas. Se ha forjado en la dignificación del trabajo, en la humanización del capital, en la protección al desvalido, en la prodigiosa multiplicación de escuelas y hospitales, en la potencialidad de las fábricas levantadas por la revolución, en las mejoras al obrero del campo. Este peronismo mío se ha forjado y se afirma en este mismo lenguaje que uso para definirlo, que es lenguaje de pueblo y que choca y desagrada a los que usan el lenguaje de la mentira coligada. En este mismo lenguaje, como lo hago ahora, seguiré hablando a los descamisados de mi patria, desde las columnas de «Democracia».

# AYUDA SOCIAL, SI; LIMOSNA, NO

EN las cinco palabras del título de este artículo, se encierra la mejor y más categórica respuesta a los detractores de la política humanista del actual gobierno. Y es que solamente en el espíritu de los que no quisieron ver, ni oír ni sentir, puede caber la acusación deliberadamente interesada, o la duda intencionalmente provocada, que los lleve a confundir ayuda social con limosna. Para los que acusan, bueno es recordarles que la ayuda social que ahora se practica nada tiene de común con la de antes. No llega a manera de limosna como caso excepcional, ni tiene el antifaz de «pensión graciable». No se hace presente para quebrar la moral de quien la recibe, ni para cubrir los gastos que demanda el sostenimiento de un departamento de lujo o la alimentación y el cuidado de un perrito de raza. Esa era la «ayuda social» de antes, que se otorgaba en pequeña escala con carácter de limosna y, en general y en gran escala, para apuntalar la supervivencia de una clase que rehuía el trabajo y que estimulaba, por esa simple razón, la lucha de clases.

El elevado concepto que tengo acerca de lo que significa la ayuda social, de su importancia en el medio donde aparece y del rol que representa como exacta interpretación de la doctrina cristiana, me alejará un poco de la polémica al tratar este tema. Diré entonces lo que entiendo por ayuda social y lo que entiendo por limosna. Pero advierto que deliberadamente he dicho que me alejaré «un poco» de la polémica. No del todo, porque polémica es una forma de lucha, de combate. Y en esto también hay que combatir, hay que luchar. Hay que afrontar la crítica para defender la verdad y la justicia.

Yo no niego la limosna como principio cristiano. Ello sería negar a la cristiandad misma. Allí donde aparece una necesidad, es imprescindible cubrirla bajo cualquier forma. Pero aspiro —y a esto deben aspirar todos los hombres buenos del mundo— a que la limosna no sea necesaria.

La felicidad de un pueblo, en cuanto a sus medios de vida se refiere, se logra con una adecuada legislación en materia de «justicia social» y una equitativa distribución de la «ayuda social». Porque resulta innegable que ésta es complemento de aquélla.

La justicia social juega en el orden de los seres aptos para el trabajo, puesto que en los que dejan de serlo, ya sea por accidentes, por enfermedad, o por causas que la ley contempla, no quedan jamás desamparados. La ayuda social, en cambio, va dirigida a otro sector humano, que el Estado y la sociedad no pueden ni deben ignorar. Es un deber de solidaridad humana que supera todo prejuicio. No reconoce fronteras, razas ni religiones. Apuntala y preserva el derecho de vivir para aquellos que, por razones de edad, por causas de enfermedad o por incapacidad física, no son aptos para el trabajo. Es la habitación, el vestido, el alimento, la medicina para el enfermo que no está capacitado para el trabajo y que no pudo adquirirla. No es limosna. Es, simplemente, solidaridad humana. La ayuda social, como se practica ahora, viene como consecuencia de un proceso de estudio debidamente madurado. Está metódicamente organizada. Tiende a restituir a la sociedad a los que el destino y los malos gobernantes apartaron de ella. La ayuda social, que llega, que se suministra racionalmente, previo examen de las condiciones de vida del que la recibe, protege y estimula. La limosna, dada por satisfacción de quien la otorga, deprime y aletarga. La ayuda social, honestamente practicada, tiene virtudes curativas. La limosna prolonga la enfermedad. La ayuda social va para mitigar necesidades y restituir a la sociedad, como elementos aptos, a los descendientes de los desamparados. La limosna es accidental. No tiene método ni meta. Y supervive en nuestros tiempos, en nuestro medio, porque algunos sectores necesitan ejercitarla, entendiendo que así lavan culpas en la puerta de una iglesia.

Ayuda social, sí; limosna, no. Este debe ser también un lema revolucionario. Es necesario que aparezca, científicamente interpretado, como el complemento imprescindible de la justicia social. Y bueno es señalar, de paso, que el desarrollo y la aplicación de la justicia social, descuidada y olvidada hasta 1943, hubiera sustraído a los beneficios de la «ayuda» incorporándolos a los derechos de la «justicia» a muchos seres de esta tierra. De ello que rindan cuenta los que despotrican contra la ayuda social, haciéndola aparecer como limosna.

Es mi aspiración sincera —y debe ser la de todos los argentinos— que algún día no sea necesaria la ayuda social. Lo deseo para el mundo entero, puesto que ello supone la existencia de un bienestar general que todos ansiamos.

Para definir la ayuda social, podría decirse que es la exteriorización del deber colectivo de los que trabajan, de cualquier procedencia o clase social, con respecto a los que no pueden trabajar.

El otorgamiento de una limosna, en cambio, tiene la doble y perniciosa consecuencia de rebajar a quien la recibe y a quien la da. A quien la recibe, porque experimenta, percibe y siente que «es pan para hoy y hambre para mañana». A quien la da, porque su aporte pudo llegar para ser distribuido silenciosa y racionalmente, con un verdadero concepto de solidaridad humana. Para el pordiosero, están los hogares; para los necesitados, está la ayuda social, que llega inclusive a los hogares.

En el apretado espacio de un artículo periodístico no podría, por cierto, hacer un análisis doctrinario del tema que he elegido. Me he concretado entonces a realizar un breve ensayo de divulgación. Pero cabe señalar algo más, para cerrarles el paso definitivamente a los que pretenden confundir ayuda social con limosna organizada. A ellos precisamente, porque son los mayores responsables de que haya en nuestro país razones que determinan la ayuda social en la escala en que se realiza. Sin hacer estadísticas, afirmo que los necesitados, los desvalidos y los enfermos que requieren nuestra solidaridad y que la fundamentan en el derecho a la vida, proceden más de la dejadez y negligencia del Estado, bajo las formas y prácticas anteriores, que de lo que podríamos llamar una ley natural. La pobreza de leyes sociales caracterizó nuestro pasado inmediato. Las pocas que existían no tenían más vida ni realidad que la del papel donde fueron impresas. Los trabajadores, en su totalidad, tenían ante sí una sola senda: la que llevaba fatalmente a la ancianidad desvalida. Con salarios de hambre, sin seguridad de ocupación, sin derecho a mejoras, sin una sola garantía sobre ellos, su familia y su porvenir, fueron formando y alimentando los dos campos más importantes donde hoy debe actuar la ayuda social: la ancianidad desvalida y la niñez sin hogar.

Creo haber expuesto, en términos generales, mi concepto sobre la ayuda social y su diferenciación con la limosna. Para terminar, quiero decir que aspiro a que, así como la palabra «imposible» ha desaparecido del lenguaje de los argentinos para cumplir el plan Perón, la palabra «limosna» desaparezca del lenguaje del mundo en el desarrollo de la obra social a que obliga la solidaridad humana.

# SIGNIFICACION SOCIAL DEL "DESCAMISADO"

"UNOS cuantos descamisados recorrieron las calles céntricas vitoreando a la dictadura y cometiendo desmanes». En este tono, la prensa coligada con intereses extraños a la patria misma, describía el clamor de los trabajadores, del pueblo auténtico que venía del campo, de las fábricas, de los talleres, de las universidades y de la escuela, para exigir la libertad de su conductor. Los animaba la fuerza incontenible de la verdad; la fe en la acción de un hombre que se plantaba frente a los poderosos señalándoles el camino de la justicia social; la recta y limpia interpretación de un principio esencialmente argentino: soberanía nacional. Traían la emoción de un despertar de almas y el empuje de un pueblo en marcha, seguro de su destino. Aparecían en el escenario político argentino como una reencarnación del gaucho, defendiendo lo suyo, clamando por justicia. Frente a ellos, los enemigos de la nacionalidad, del brazo con los malos extranjeros.

«Unos cuantos descamisados»; así, despectivamente, con el vano propósito de subestimar un movimiento de proyecciones históricas, se intentaba lesionar, quebrar la moral de millones de almas, que buscaban la total liberación del pueblo. Un nuevo cabildo abierto, el 17 de octubre de 1945, tocó a rebato en el alma nacional. Y de allí parte la significación social del «descamisado». Lanzando su nombre como un insulto, fué recogido y transformado en bandera de justicia, de trabajo y de paz. Renace así el espíritu de la argentinidad, que se había refugiado en los anhelos de los trabajadores. Y el impulso creador de los «descamisados» hace posible la revolución.

Sólo es menester un análisis honesto de las condiciones de vida de las masas trabajadoras hasta 1943 y su cotejo con la hora actual, para valorar en su real extensión la significación social del «descamisado» En vano se trató de ponerle un mote que revelara su pobreza económica, su mal vestir. Desde el punto de vista social, la palabra «descamisado» superó su acepción idiomática. Se transforma en sinónimo de lucha, de anhelo de reivindicaciones, de justicia, de verdad. Fué creando un estado de conciencia nacional. Se metió en el alma del pueblo como impulso mágico, para llevarlo adelante.

La significación social del «descamisado» surge de su condición de vanguardia de la nacionalidad. Entregado a la producción, lo mismo en el agro que en la fábrica o en el taller, ha roto para siempre las cadenas que lo mantenían en el anonimato social. Surge ahora a la vida ciudadana como un valor, como una expresión combativa, con personalidad propia. El «descamisado» ha dejado de ser elemento de explotación humana para convertirse en factor de progreso, de unidad nacional, de bienestar colectivo. En esto residen su fuerza y su virtud. Su fuerza, porque responde a los imperativos políticosociales que valorizan el rol de los trabajadores en la sociedad moderna. Su virtud, porque para los «descamisados» sus propias reivindicaciones se entrelazan y se confunden con las necesidades presentes y futuras de la Nación. De ahí que la grandeza de la patria se va elaborando por la dignificación del pueblo.

La aparición del «descamisado» inicia, desarrolla y apuntala una polít que liquida la terrible contradicción de nuestro pasado cercano. En ese pasado, la patria, a los efectos internos de los derechos del trabajador y a los efectos internacionales de la defensa de nuestra soberanía como Estado y como Nación, era sólo una palabra que se confundía con los intereses minoritarios de la oligarquía, que no supo darle ni contenido de pueblo, ni sentido tradicional, ni grandeza colectiva. La aparición del «descamisado» rompe la política de las minorías traficantes y se produce el milagro largamente esperado de la abolición de los privilegios. El trabajo y la producción cobran su valor real dentro de la sociedad organizada. Se humaniza el capital, y el sentido y alcance de la libertad cubren el doble concepto del hombre y de la Nación. Y proyecta su espíritu de solidaridad humana más allá de las fronteras de la patria. Por ello, decir «descamisado» es mentar al hombre dignificado y dignificador, a la mujer laboriosa y solidaria, al niño confiado y feliz. Es, en síntesis, fijar el tipo social que está construyendo el porvenir de esta tierra y que se ofrece como ejemplo a todos los pueblos del mundo.

*

«Descamisado». Este nombre, que quiso ser infamante, envolvió como una bandera la obra del general Perón y de sus fieles compañeros. «Descamisado» pasó a ser, así, sinónimo de victoria nacional. Con su líder, los «descamisados» enterraron en el pasado los viejos conceptos de un capitalismo egoísta y explotador, que fundaba su bienestar en la miseria del pueblo. Con su líder, los «descami-

sados» borraron de nuestra historia política la vergüenza del fraude, imponiendo el respeto a la voluntad cívica de la Nación. Con su líder, recuperaron el patrimonio colectivo y devolvieron a la patria su auténtica soberanía.

«Descamisado» es la interpretación de los sentimientos del pueblo mismo, de su actualidad laboriosa y pacifista, con todas sus virtudes y toda su generosa capacidad para construir un mundo mejor. «Descamisado» es un soldado del trabajo, fogueado en las batallas de la independencia económica.

Ya para finalizar, sólo me resta concretar esta aspiración: que con el correr de los años, debajo de sus camisas limpias y bien planchadas, continúe palpitando el alma del «descamisado» de Octubre, con sus ansias de justicia, de paz y de progreso.

# OLVIDAR A LOS NIÑOS ES RENUNCIAR AL PORVENIR

SI tuviera que decir, en una síntesis, cuál es el problema que llama más poderosamente mi atención y despierta en mi las más hondas angustias y, paralelamente, también la más decidida voluntad de contribuir a su solución, diría que es el problema de la niñez. Y eso por muchas razones. El problema del niño —del niño enfermo y sin recursos, del niño desvalido, del niño abandonado, del niño, en fin, que desconoce el calor del hogar por infinidad de causas que son en su gran mayoría sociales— es un problema nacional y seguramente el más urgente de esta hora. El país que olvida a la niñez y que no busca solucionar sus necesidades, lo que hace es renunciar al porvenir. Y nosotros no sólo no renunciamos al futuro, sino que no renunciaremos jamás a él y estamos luchando para mejorarlo y valorarlo para los que vendrán después. Porque luchar por el bienestar, la salud física y moral, la educación y la vida del niño, es, en síntesis, luchar por la grandeza ulterior de la patria y el bienestar futuro de la Nación.

*

Yo quiero decir hoy, y lo he de repetir en todas las oportunidades que me resulten propicias, cuál es nuestro deber hacia los niños desvalidos y cómo entiendo ese deber. Y lo he de decir con hechos, más que con palabras, como nos lo enseñó con su ejemplo el general Perón. Y me impulsa a hacerlo no sólo una razón sentimental, aunque entiendo —como argentina y como mujer que viene del pueblo y que conserva todo su amor por él— que entre todos los necesitados, entre todos los desvalidos, entre todos los que en este país esperan aún la ayuda y el cariño que la vida les negó, el niño es el más digno de recibirlos. Porque es el más sensible y el menos responsable de esa situación. En mis viajes por el país, recorriendo las zonas que he podido visitar cuando mis ocupaciones me lo permitieron, he podido observar la situación de los niños cuando los padres, por incapacidad económica, por enfermedad o simplemente por ausencia, no podían resolver personalmente el problema de sus hijos.

Comprobé entonces con horror que hay provincias argentinas donde la mortalidad infantil llega a las cifras de 300 por mil. Verifiqué que había centenas de miles de niños nuestros que casi no conocían ni la carne ni el pan, aunque habían nacido en un país exportador por excelencia de esos dos elementos básicos alimenticios. Vi a millares y millares de criaturas sin educación, sin higiene, sin calor familiar, viviendo en sórdidos rancheríos, siendo pasto de todas las enfermedades y consumiendo en una desesperación callada todo lo que en otros, más felices, son sueños de la niñez.

*

El porvenir de esos niños era tan incierto como el porvenir de los parias. Y me dije a mí misma que, aunque pareciera mentira, eso pasaba aquí, entre nosotros, en un país lleno de riquezas, en un país de hombres que se llenaban la boca con las palabras más sonoras, barajando los conceptos de justicia, solidaridad patriotismo, fraternidad y ayuda. Pero allí estaban los necesitados, olvidados y escarnecidos, esperando inútilmente que los señores de la política quisieran preocuparse por los que tenían que fundamentar el porvenir de la Nación. Allí estaban los niños, que no figuraban en la preocupación de nadie porque no podían votar, ni podían prestar sus nombres inocentes para las sucesivas farsas electorales con que se pretendía demorar el despertar de nuestro pueblo. Allí agonizaban, subalimentados, enfermos, los hijos de los mismos que creaban la riqueza y que no tenían ante ellos otro futuro que el hospital, la miseria y la desesperación o el delito.

*

He dicho antes y lo repito una vez más, que el problema de la niñez es un problema nacional y que los pueblos —o los gobiernos— que renuncian a resolverlos, renuncian al mismo tiempo al porvenir. Nosotros, a través de la Ayuda Social, hemos iniciado un camino de solución que nos parece justo, seguro y eficaz. Hemos iniciado el proceso con la venida de algunos centenares de niños, a fin de prepararlos para una juventud capaz, como camino seguro hacia una madurez dignificada y constructiva. Para inculcarles todo lo que necesita la condición humana y es capaz de asimilar la sensibilidad infantil. Desde los conceptos morales de hogar, patria, familia, solidaridad social y espíritu de justicia, hasta los principios generales de la educación y la especialización en el trabajo. Desde la higiene más rudimentaria hasta los más elevados conceptos de

fraternidad. Desde el amor a la tierra que los vió nacer y quiere dejar de ser madrastra de sus hijos, hasta el sentido de su propio deber hacia sus semejantes y hermanos.

Este primer ensayo, que ofrece ya resultados positivos más amplios que lo que era lícito esperar, nos anima y nos impulsa a multiplicar la acción común en beneficio de la infancia de nuestra patria, que hasta ayer no tuvo quien viera en ella, en sus necesidades más urgentes, un motivo de acción social tesonera y esencialísima. Para antes de fin del corriente año, esos centenares de niños que reciben ahora nuestra solidaridad se habrán multiplicado, y esperamos haber recibido un contingente de varios miles de pequeños descamisados del interior del país para su correspondiente salubridad, educación y especialización para la lucha por la vida. Pero aun estos miles no formarán más que las vanguardias de lo que se propone la Ayuda Social. Por este camino que vamos siguiendo o por otros que sabremos abrir con la ayuda del pueblo trabajador que nos anima en la lucha, todos los niños necesitados de la patria, todos los pequeños desvalidos del país, han de sentir los efectos de nuestra solidaridad.

Ello no es una limosna, sino la ayuda fraternal de los hermanos mayores y más felices para con sus hermanos menores y sin hogar, y por eso mismo más dignos de recibirla y más merecedores que nadie de nuestra ternura, de nuestros esfuerzos y de nuestro corazón.

# EL DEBER ACTUAL DE LA MUJER ARGENTINA

CUANDO un día —que es histórico para la nacionalidad e inolvidable para mí— recibí de manos del general Perón, en nombre de todas las mujeres argentinas, la ley que proclamaba nuestros derechos cívicos, tuve oportunidad de decir algo que ahora quiero recordar a todas las descamisadas y que no olvidaré jamás. «Somos las mujeres —decía entonces— misioneras de paz. Los sacrificios y las luchas sólo han logrado, hasta ahora, multiplicar nuestra fe. Alcemos, todas juntas, esa fe e iluminemos con ella el sendero de nuestro destino. Es un destino grande, apasionado y feliz. Tenemos para conquistarlo y merecerlo tres bases insobornables, inconmovibles: una ilimitada confianza en Dios y en su infinita justicia; una patria incomparable a quien amar con pasión y un líder al que el destino moldeó para enfrentar victoriosamente los problemas de la época: el general Perón. Con él y con el voto contribuiremos a la perfección de la democracia argentina».

Ha pasado casi un año desde entonces y el derecho a forjar nuestro propio destino encuentra hoy sus tres bases fundamentales consolidadas y multiplicadas. Nuestra fe, al contacto con la realidad diaria, es cada vez más sólida y más inconmovible en nuestra propia capacidad de ciudadanas que han superado el período de tutorías civiles. Nuestro amor por la patria, que ahora es efectivamente nuestra y que lo será en proporción cada día mayor gracias a la política de recuperación nacional del general Perón, se ahonda cada día más y adquiere cada día más conciencia de sí mismo. Y nuestro líder, cuya fe en el pueblo y cuya confianza en el destino nacional abrió las perspectivas de este magnífico despertar nuestro, encarna como nunca las mejores esperanzas de la Nación. Somos, en síntesis, un pueblo que sabe lo que quiere y cómo alcanzar ese objetivo común, nacionalmente liberado y socialmente justo y, por lo mismo, responsable ante el futuro de una manera integral.

*

Esa responsabilidad nos alcanza a nosotras las mujeres argentinas en la misma proporción que a los hombres. Y casi me atrevería a

decir que nos alcanza doblemente. Por un lado, a través de nuestra condición de ciudadanas, capaces de votar y de ser votadas de acuerdo con el nuevo planteamiento políticosocial que hizo posible la política de reconocimiento de nuestros derechos por el gobierno del general Perón. Por el otro lado, en razón de que somos nosotras, las mujeres, la columna básica del hogar, la garantía de su permanencia y las inspiradoras de su fe.

Esa doble faz multiplica por dos nuestra responsabilidad. Yo sé que todas las descamisadas sabrán comprenderlo así, sentirlo así y obrar oportunamente en consecuencia de ello. La historia de nuestro pueblo y la de todos los pueblos del mundo muestran a la mujer en la vanguardia de todas las grandes gestas colectivas, hombro a hombro con sus hombres, con sus hijos y con las reivindicaciones de su época. Agustina de Aragón simboliza a la mujer española, como Manuela Pedraza representa a nuestras ascendientes libertadoras, y las descamisadas de Octubre simbolizan a nuestra mujer, entregada a la producción, consciente de sus derechos sociales y dispuesta a defenderlos contra todos los opresores y contra toda opresión. En aquel entonces, como madre y como esposa trabajadora; ahora, como ciudadana también, que ha aceptado nuevos deberes, pero que ha logrado conquistar derechos nuevos, entre ellos el de votar.

Ese derecho será ejercido oportunamente y dará un nuevo contenido, más completo y por lo mismo más perfecto, a nuestra vida institucional. Pero el deber que presupone ha ser cumplido todos los días sin aguardar el momento electoral. El hogar —santuario y célula máter de la sociedad— es el campo propicio y específico en el que el trabajo de la mujer, en bien de la patria y de sus hijos, se ejerce cotidianamente y ofrece mayores perspectivas de contribuir a moldear hombres dignos del momento histórico que vivimos los argentinos. Hoy la escuela y el hogar ya no son más términos contradictorios y separados, sino partes de un mismo todo que sigue una línea similar, con un solo objetivo único y superior: forjar las generaciones que nos han de seguir en el esfuerzo y la tarea de hacer una patria mayor, una sociedad más justa y una comunidad nacional más unida y más fraterna. En las escuelas reposa sobre los maestros esa misión superior; en el hogar ese honor le cabe a la mujer.

*

Para cumplir con el, para ser digna de él, la mujer tiene necesariamente que inspirarse en los problemas de su época, en los derechos de su patria y en las necesidades de su pueblo. Son todos ellos hechos

concretos que se subliman por el idealismo que nosotras sabemos poner aun en las cosas más materiales y que informan de nuestra actualidad. Y yo les pregunto a todas las descamisadas, ya que lo que cuenta para mí es, sobre todo, su propia opinión: ¿Podemos buscar inspiración de los problemas de nuestra época, de los derechos de nuestra patria y de las necesidades de nuestro pueblo en otra fuente que no sea esta maravillosa revolución que encontró su punto de partida en junio, denunció insobornablemente su contenido popular en octubre y dijo en febrero su apasionado acento nacional? Indudablemente, no Ninguna otra fuente será más veraz, ni más ajustada a nuestro propio lenguaje, ni más fiel a nuestro pueblo, que la revolución que proclamó su mayoría de edad políticosocial y que encontró en el general Perón a su líder. En ninguna otra fuente encontrará la mujer argentina el reflejo más puro de su deber que en esa misma revolución y su verdad económica, su verdad política y su verdad social.

Dije en otra oportunidad que Perón necesitaba del baluarte inviolable del hogar, para llevar adelante y afianzar su programa de acción gubernativa. Dije también que nuestros hogares son las cajas de resonancia del país, y que todo aquello que no puede ser discutido, criticado, rechazado o aceptado alrededor de la mesa familiar no merece pertenecer al número de las preocupaciones del país, porque lo que es ajeno al hogar no puede dejar de ser ajeno a la sociedad y a la Nación. Con eso quise expresar un concepto: que el hogar es el centro sensible por excelencia del corazón de la patria y el lugar específico para servirla y engrandecerla. Y la mujer es, a su vez, la piedra básica sobre la que se apoya el hogar. Como madre, como esposa y como hija.

Surge de este análisis y de esa valoración del papel de la mujer su tremenda responsabilidad y el imperativo de su deber. Todo lo realizado y por realizar en bien de la total soberanía de la Nación, de nuestra completa liberación y del perfeccionamiento de nuestras relaciones sociales —sobre bases cada vez más justas, más fraternales y más populares— está en gran parte condicionado a la actividad de la mujer en el seno del hogar; al cumplimiento de su deber hacia su pueblo, hacia su época y hacia su patria, inspirándose en la revolución que proclamó la mayoría de edad del pueblo argentino, y los derechos cívicos de todas nosotras para consolidar esa conquista total. Y yo, como mujer y como descamisada, proclamo ante el pueblo y nuestro líder que sabremos cumplir.

# LA JUSTICIA SOCIAL SE CONSOLIDA CON UNA MAYOR PRODUCCION

NUNCA se insistirá demasiado sobre una necesidad de nuestra época: la de producir. Digo que es una necesidad de nuestra época porque el noventa por ciento de los problemas mundiales tienen una misma raíz, y ella es la falta de producción. Y, en consecuencia, sólo alcanzaremos una era de paz y concordia, de fraternidad y de comprensión efectiva cuando los índices productivos del mundo de la posguerra señalen otra vez cifras comparables a las de la normalidad. Es indudable, pues, que en el aspecto mundial el aumento de la producción es una necesidad. Ahora bien: en el nuestro no sólo es una necesidad, sino que representa el deber fundamental de todos los trabajadores argentinos y muy especialmente de sus vanguardias descamisadas.

De propósito he establecido una diferencia entre los conceptos de «deber» y «necesidad» que a mi juicio corresponden, frente a la producción, a nuestros trabajadores y a los de otros países. El aumento de la producción ha sido siempre, y lo será también en el porvenir, una necesidad de las colectividades humanas y el índice que establece su grado de civilización, pero no siempre puede ser encarado como el deber fundamental de los trabajadores. Para que esa necesidad tenga también característica de deber, y de deber fundamental e ineludible, es necesario que los que así lo sientan y a los que así se les exige tengan una participación justa en los resultados de esa producción; es decir, que cuanto más produzcan —y por lo mismo rindan más a la colectividad—, obtengan también mayores beneficios y, por lo tanto, puedan también vivir mejor, ellos y sus familias. En ese caso la necesidad de producir es un deber y un deber fundamental hacia la sociedad, hacia los suyos y hacia sí mismo.

Los trabajadores argentinos, los descamisados de la recuperación y la liberación nacional, están ante ese deber. Es una cosa nueva para nuestros trabajadores porque es una cosa nueva la justicia social entre nosotros, y no resulta alarmante que no todos lo hayan comprendido así a esta altura de nuestra actualidad social. Pesa sobre los descamisados, a pesar de ellos mismos, toda una tradición

de explotación inicua, de absoluto divorcio con los resultados de la producción, de negación sistemática de todo derecho social, para que en sólo tres años se haya podido formar una conciencia generalizada del deber de producir como deber fundamental. Pero esa conciencia se está creando y va señalando el ausentismo, el bajo rendimiento y la indiferencia por el resultado del trabajo como forma específica de sabotear el porvenir de la Nación, conspirar abiertamente contra las conquistas sociales que hemos obtenido y, además, aliarse con los enemigos del general Perón contra la obra de justicia social que proclama, practica y dirige el mismo general Perón.

Esa conciencia se va creando, repito. El ejemplo viene de arriba, de nuestro líder, que cumple su trabajo diario en jornadas agotadoras y que por eso y no por otra cosa sostiene con honor su título de primer trabajador argentino. Esa conciencia, que ve en la producción un deber fundamental, dinamiza ya a estas horas a centenares de miles de obreros nuestros que han comprendido al general Perón y que siguen con entusiasmo su ejemplo y su palabra. Esa conciencia ha llegado ya a una inmensa mayoría de nuestros hogares laboriosos, que han comprendido que la justicia social no es un regalo de los poderosos, sino un derecho conquistado por las mayorías productoras y que ese derecho se fundamenta en la producción, se ejerce por la producción y se sostiene y perfecciona exclusivamente por la producción.

En infinidad de circunstancias, en innumerables oportunidades, el general Perón nos ha dicho que todas las conquistas sociales y la ampliación del bienestar de que goza la clase trabajadora argentina depende, esencialmente, de los mismos trabajadores. Y que para lograrlo había que partir de dos bases fundamentales: la organización de los trabajadores en sus sindicatos y el aumento de la producción. Las palabras de nuestro líder, claras en este aspecto como en los demás, no pueden dejar lugar a dudas en cuanto al deber de nuestros descamisados y los caminos efectivos para alcanzar un nivel de vida aun superior al que ahora disfrutan. La organización sindical da a la clase trabajadora el instrumento específico para sus propias conquistas y para colaborar decisivamente en la reordenación social y nacional; el aumento de la producción le ofrece la posibilidad de concretar en mejoras esos derechos que sostiene cuando se organiza sindicalmente. Un derecho que no se puede concretar es como si no existiera. Y para que el derecho a un bienestar cada vez mayor de los obreros se haga efectivo, es necesario que la producción sea mayor, ya que el mayor bienestar es consecuencia de mayor participación en lo producido.

## ESCRIBE EVA PERON

Toda la pretendida complejidad de los problemas sociales, ha servido en el pasado como cortina de humo para negar a los trabajadores sus derechos naturales a reclamar mejores condiciones de vida a medida que producían más. En esa época en que el capital deshumanizado era el principal enemigo y el Estado —que lo apoyaba— el instrumento legal de la explotación, pedir mayor producción a los trabajadores era pedirles que contribuyeran con más sudor, con más sacrificios, con mayores esfuerzos a la riqueza de pocos y a la miseria de muchos. Nuestra actualidad y la política de justicia social de nuestro líder, el general Perón, han invertido los términos del problema. Ahora no son nuestros enemigos los que nos indican que produzcamos más. Somos nosotros mismos los que comprobamos que produciendo más viviremos mejor y que trabajando con mayor conciencia social estamos labrando el grandioso porvenir de nuestra patria y el de sus hijos. Por eso producir es un deber fundamental de los trabajadores argentinos, dignificados por la justicia social que encontró su motor más poderoso en la obra del general Perón.

# "DESPUES QUE UNO ESTA PERDIDO, NO LO SALVAN NI LOS SANTOS"

AL referirme en este artículo a la Constitución Nacional, no pretendo intervenir en la discusión de si debe o no ser modificada, porque para los que pertenecemos al pueblo, ese hecho es ya indiscutible y, en consecuencia, indiscutido. Tampoco esgrimir los argumentos comunes de algunos improvisados constitucionalistas de nuestros días, al alcance de todos, como la «ropa hecha». Deseo, sí, arrimar la opinión de la ciudadana peronista, hasta hoy ausente en este debate, quizá por disciplina, quizá por prudencia o por sentido común.

Entre lo sabio que nuestra Constitución establece, se encuentra la forma en que ha de modificársela, en su todo o en sus partes, para lo cual fija tres claras y definidas etapas: ley del Congreso; decisión plebiscitaria del pueblo; Convención Nacional.

Siendo el Congreso actual, auténtico representante de la opinión popular, quien realiza la primera etapa —ya superada— y un verdadero plebiscito popular el encargado de decidir la segunda, ¿qué utilidad y qué interés puede tener este inusitado desgaste de dialéctica por decidir una discusión que, en último análisis, será el pueblo quien resuelva por propia decisión soberana?

Las causas que ocasionan la actual competencia de quienes publican esas declaraciones hay que buscarlas en otro origen, que nada tiene que ver con las conveniencias, el bien de la Nación o la defensa de nuestras instituciones básicas. Hay en todo esto un fondo inconfesable que hace que ciertas personas contumaces, en su ofuscación, sostengan lo contrario de lo que siempre sostuvieron, esgrimiendo sofismas y falsedades, cuando no calumnias, para confundir a la opinión pública.

*

Los políticos en desuso, que antes sirvieron a medias al Estado y a los consorcios extranjeros, defienden los últimos reductos de la quimera de «volver a ser». Ellos creen aún posible la «marcha atrás» de un pueblo que ha descubierto su destino y ha roto sus cadenas. Ellos creen que todavía pueden salvarse, pero «después que uno está perdido, no lo salvan ni los santos».

La oligarquía, por despecho y por avaricia, no será ni humilde ni generosa. Al perder el poder, y con él la riqueza, es incapaz de luchar. Por eso acciona por medios indirectos; como no puede luchar, traiciona. Con ello cree salvarse, pero «después que uno está perdido, no lo salvan ni los santos».

Todos ellos, políticos desplazados y oligarcas contumaces, unidos a los residuos dispersos de un capitalismo de explotación —verdadero enemigo del capital argentino— no lucharon ni lucharán nunca por lo criollo, por lo nacional. Ellos dirigen sus miradas angustiosas y sus plegarias al exterior. Ellos declaran, ellos escriben, ellos declaman para las agencias extranjeras de noticias, encargadas de hacer llegar a sus antiguos amos el indicio de que aun viven, a pesar de todo. Los «nativos», como ellos llaman al pueblo, no tienen interés en que se enteren. Ellos piensan que aun puede algún embajador extranjero prestarles desde lejos su ayuda, y fieles a quien los pagó y llenó de ignominia, esperan todo de «él». Luego creerán que todo se arregla con haber tenido ascendientes ilustres o una gran fortuna. Ya vendrá, por otra parte, la ayuda «de afuera» que les permitirá seguir sirviendo a dos banderas.

Ellos olvidan que el «milagro argentino» hoy se realiza sólo en la Argentina; que ya pasaron los tiempos en que todo nuestro destino se resolvía a miles de millas de nuestra tierra; que los argentinos son hoy artífices de su propio destino. Sus ojos angustiados que «miran hacia afuera» permanecerán cegados a la traición, porque hoy la traición ya no es posible; hoy sólo es la lucha la que decide y el pueblo argentino ha aprendido a luchar por su salvación y por su destino.

# HACIA LA TOTAL EMANCIPACION DE LOS "DESCAMISADOS" DEL CAMPO

YO he dicho más de una vez, y he de repetirlo cuantas veces sea necesario, que nuestro bienestar progresivo, en el triple orden económico, político y social, está basado en dos hechos que deben marchar paralelamente en nuestra ferviente actualidad nacional. En primer término, la unificación cada vez más sólida de todos los descamisados en derredor de su líder, el general Perón, y de los objetivos que nos son comunes a todos los que trabajamos en esta patria grande y feliz. En segundo término, la convicción arraigada en todos de que mejorando y ampliando la producción, mejoramos y ampliamos nuestro propio *standard* de vida y consolidamos las conquistas que logramos alcanzar.

Para los descamisados de la ciudad —llamemos así a los que llenan de voluntad laboriosa las zonas industriales de la Capital y las grandes ciudades del país— el barómetro de su bienestar está en los salarios y en la correlación de los mismos y el costo de la vida. La revolución, que inspiró y dirige el general Perón, recibió en sus manos realizadoras todas las reivindicaciones de los descamisados y les dió validez a través de una legislación social que es ejemplo para el mundo. He dicho salarios y su correspondiente correlación con el costo de la vida, porque quiero advertir que nosotros diferenciamos perfectamente lo que es «salario real» y lo que es «salario aparente». Nuestros descamisados de la ciudad, cada semana, cada quincena, o cada mes, pueden realizar el balance de sus esfuerzos y las compensaciones que reciben por ellos y comprobar el saldo positivo que hizo posible la revolución. Al salario, dignificado en sí por la revolución y multiplicado por la justicia social, hay que sumar los salarios indirectos de las compensaciones a los artículos de primera necesidad y mayor consumo. Se explica así el bienestar de nuestros trabajadores urbanos y su fe en la revolución popular y la acción tesonera, incansable y ejemplar de su líder. Veamos ahora por qué los descamisados del campo también alimentan esa fe y van compartiendo paulatinamente el bienestar de sus hermanos de la ciudad.

Nuestra revolución encontró al campo argentino y a sus trabajadores en una situación que se puede clasificar, sin temor, como semifeudal y prácticamente de servidumbre. De un lado estaba el señor, propietario de tierras, manteniendo en sus manos todos los derechos, y del otro lado el descamisado rural, que no tenía un solo derecho, pero que sentía gravitar sobre sus espaldas todos los deberes habidos y por haber. Como derecho, no lograba identificar más que el derecho al trabajo, que nunca o casi nunca resultaba también derecho a la compensación por él. Es de nuestros días y no debemos sentirnos avergonzados al proclamarlo, porque por obra y gracia de la revolución supimos superar esa etapa, el peonaje anónimo y sin clasificación económica legal y las ventas a fijar precios. Mediante lo primero se mantenía en fosa común toda posibilidad de mejora del descamisado del agro, entregado maniatado y sin defensa a la voracidad de los aventureros y traficantes de tierras. Mediante lo segundo, «las ventas a fijar precio», se despojaba a los pequeños propietarios y arrendatarios del producto de su labor. Así, en la medida en que los agentes de los *trusts* y el capitalismo foráneo, cómplices descarados de los señores del pool mundial de los granos, iban aumentando vertiginosamente sus fortunas y las de sus patronos del exterior, se fué pauperizando, material y moralmente, el campo argentino, y sobre la tierra fértil se perfiló un campesino triste y pobre que ya no lograba creer ni en los hombres ni casi en Dios.

La revolución que inspiró y dirige nuestro líder, el general Perón, ni olvidó a los campesinos ni subestimó los problemas que habría que resolver para llevar la realidad de su justicia reivindicadora al ambiente rural. El «estatuto del peón» fué el primer paso y el factor inicial de organización que logró despertar a los descalificados del agro y enseñarles el camino de su dignificación por vía de su redención económica. Los convenios colectivos y los laudos, que lograron condiciones justas para las tareas agrícolas, señalaron el segundo paso hacia la justicia social que también reivindica y corresponde a los descamisados del campo. La comercialización de las cosechas, oponiendo al concepto de «comprador único», que sostenían el *trust* y sus agentes, la medida salvadora del «vendedor único» como instrumento eficaz en la defensa de los precios de nuestra producción agropecuaria, arrancó a los pequeños productores y a los arrendatarios de las garras de sus explotadores y valoró su producción. Y, finalmente, la política de industrialización, que no se consolida contra el campo, sino juntamente con él, abre perspectivas grandiosas a nuestro agro productor. Esto

es el aporte del gobierno del general Perón a los descamisados del campo y lo que justifica la fe de esos compañeros nuestros, entregados a otra forma de producción que la que conocemos en la ciudad.

*

Pero nosotros, los descamisados de la ciudad, sabemos que aun queda mucho que hacer, en bien y en justicia, por los peronistas del campo. Sabemos, juntamente con nuestro líder, que los descamisados del agro sólo verán colmadas sus esperanzas cuando hayamos fortalecido totalmente la unidad de la tierra al hombre que la trabaja. Sabemos que la congelación de los arrendamientos y la prohibición de los desalojos, que son medidas de salvación del agro reclamadas por la actualidad y legisladas por la revolución, deben dejar su puesto a una facilidad permanente para que la familia del agro pueda adquirir la tierra de su labor y retenerla en propiedad. Y eso se está haciendo. Centenas de miles de hectáreas, formando unidades económicas, están siendo entregadas a las familias campesinas por el organismo específico correspondiente que dirige el Banco de la Nación, instrumento esencial de la política agraria del gobierno del general Perón.

Se está haciendo y se hará cada día en mayor proporción, para que cada familia campesina, unificada a la tierra que riega con su sudor, se sienta cada vez más protegida y más integrada en esta recuperación de los mejores valores de la nacionalidad. Hasta que lleguemos a contemplar la consigna del general Perón y transformar toda nuestra tierra en bien de trabajo, para felicidad de los descamisados del campo, y una más sólida unión con sus hermanos de la ciudad y total independencia de nuestra patria.

# MIS CONVERSACIONES CON EL GENERAL PERON

EN mis conversaciones con el general Perón, durante las horas que él, teóricamente, dedica al descanso y que en realidad consume en el estudio y la meditación, hay un común denominador siempre presente y siempre consultado. Es el pueblo. El pueblo en su expresión total, que abarca desde la niñez a la ancianidad y desde el obrero calificado, pieza fundamental en las vanguardias que están forjando la independencia económica de la patria, hasta el último paria rural que aguarda, esperanzado saciar, en las fuentes de la revolución que inspira y dirige nuestro líder, su vieja sed de tierras que ningún gobierno ni ningún partido supo mitigar.

Está presente el pueblo, repito, en esas conversaciones, porque él y sólo él las inspira y las determina. Y está presente con naturalidad, que surge de su propio derecho y del profundo amor que por su causa y su dignificación progresiva siente y transmite a cuantos se le acercan al general Perón. Y esto no puede extrañar al pueblo mismo. Para el general Perón, el pueblo, con la patria, es la razón superior de todos sus afanes, de todos sus esfuerzos y de todas sus alegrías: la cantera inagotable e inagotada que a fuerza de trabajo y de producción está ahondando los cimientos de esta nueva Argentina, ejemplo de justicia, de solidaridad y de fraternidad. Y para mí, he de repetirlo una vez más, el pueblo es el hermano, cuyo millón de bocas y cuyo millón de brazos me dió otra vez, aquel día glorioso de octubre, al líder, al maestro y al compañero.

Yo he visto, orgullosa y emocionada, esa presencia constante del pueblo en la vida hogareña del presidente de los argentinos, y ésa es una de las razones para que cada día confíe más en mi patria, en mi líder y en mi gente. Porque mi patria, bendita entre todas para mí, está inseparablemente unida a mi pueblo en la acción de nuestro líder. Patria y pueblo son conceptos que sólo los extremismos, de derecha o de izquierda, conciben separar. Patria sin pueblo fué la fórmula que justificó la desvergüenza oligárquica, que vendió el patrimonio de la primera y entregó el sudor del segundo a un precio vil y a cambio del triste privilegio de servir de capataz al imperialismo; pueblo sin patria es el objetivo inconfesado de ese socialismo dialectizante, que a fuerza

de dialéctica, de ignorancia de lo nacional y de repetida mala fe, se unió a la oligarquía y al capitalismo foráneo en la empresa ruin de negar la mayoría de edad de los argentinos cuando éstos, llamados por el general Perón, tuvieron que gritar a todos sus enemigos coligados, del interior y del exterior, que iban a ser los dueños de su propio destino. Pueblo dignificado, política, económica y socialmente hablando, en una patria grande, próspera, feliz y soberana y en un mundo de paz y de cooperación, es nuestro objetivo. Y porque ésa es nuestra respuesta a los extremismos, el pueblo está presente en nuestro hogar a través de toda la representación de sus gamas productoras y esperanzadas.

Hay, pues, un tema permanente, pero sin monotonía, en mis conversaciones con el general Perón. Es el pueblo. Es su vida, antes ignorada y postergada siempre y ahora como razón determinante de esa justicia social que nuestro líder elevó a pasión nacional y que nada ni nadie se atreverá a negar jamás en el porvenir inmediato o lejano; es la vida, la educación, la capacitación y el porvenir de sus hijos —hijos del pueblo y por eso mismo vanguardias de la nacionalidad— para los que el general Perón ha creado las nuevas escuelas-fábricas y escuelas-talleres donde se imparte la educación profesional; son los obreros, que participan del resultado de su trabajo en una proporción que pone a nuestro país como ejemplo para todos los trabajadores del mundo; son los campesinos, que van conquistando el derecho a pisar tierras propias, que serán de sus hijos, y harán la grandeza de la Nación; son las mujeres, que teníamos todos los deberes y ninguno de los derechos cívicos, transformadas, por esfuerzo propio y voluntad de nuestro líder, en ciudadanas capacitadas para participar en el reordenamiento nacional. Es el pueblo en su totalidad y en su síntesis, en sus entusiasmos, en sus luchas y en sus esperanzas —por los obreros organizados y conscientes de su misión en la sociedad moderna, por sus campesinos liberados de los *trusts* y del capitalismo foráneo, por sus arrendatarios amparados contra la plaga de los desalojos y de la explotación, por su agro progresivamente entregado a los mismos productores, por sus mujeres ciudadanizadas, por sus hijos capacitados y por sus vanguardias descamisadas, síntesis creadora y combatiente del espíritu popular— quien tiene una presencia constante en la vida hogareña del presidente de los argentinos.

Yo he podido sentir en esas conversaciones la ternura del general Perón por los desamparados de mi patria, con la misma claridad con que he sentido su confianza y su entusiasmo por los trabajadores de la Nación. Y más aún. Todo lo que he tenido la felicidad de hacer por ellos —que no es nada ante lo que aspiro a hacer y ellos merecen— tiene en su ternura y en su solidaridad

el empuje más fecundo y constructivo. «Yo soy el presidente de todos los argentinos», ha repetido el líder cada vez que alargó la mano generosa y limpia, que sólo el resentimiento no ha sabido estrechar. Y en esa totalidad nacional están involucrados también los desamparados o los que lo fueron hasta ayer. Los niños, material y moralmente encauzados hacia destinos superiores; los incapacitados de trabajar; los ancianos, cuyo atardecer se hará digno de su vida de trabajo en bien de todos y en exclusivo perjuicio propio por la insensibilidad social de ese pasado que hemos superado.

En mis conversaciones con el general Perón, el pueblo es el sujeto, y su felicidad, el atributo. Y el verbo ejecutivo y realizador es él, líder de los trabajadores, conductor de la juventud y soldado incansable de la grandeza nacional.

# MENSAJE DE GRATITUD A LOS "DESCAMISADOS"

AUNQUE la esperaba, aunque mi fe en el pueblo y en su conciencia social y su entusiasta adhesión al líder me habían anticipado lo que sería la reacción popular al conocer el complot infame, la realidad superó a la expectativa. Otra vez, como en aquel octubre, grabado para siempre en la historia de la Nación, y siempre palpitante en el corazón de los descamisados, las columnas del trabajo y de la producción dejaron la periferia en su peregrinar hacia el «centro». Otra vez fueron los hombres y las mujeres trabajadoras los que formaban aquel ejército del civismo y de la pasión nacional, desbordado momentáneamente de sus cauces creadores, para ir a la plaza de nuestra refirmación nacional y social a proclamar a los vientos de la patria su unidad y su pasión por el líder. Otra vez fueron los pañuelos blancos, que agitaban manos laboriosas, lo que cubrió, como manto de heroicas renovaciones, todo el derredor de la columna de Mayo. Y otra vez el grito de «¡Perón, Perón!» confundió en un solo anhelo a un pueblo combativo y a su líder; a una obra de gobierno y a los beneficiados por ella; a un patriota intransigente, enamorado de la felicidad popular, y al objeto de sus desvelos. Como en aquel octubre de nuestra liberación, al recuperar al coronel de los descamisados, guía seguro e insobornable de la grandeza nacional. La realidad, repito, superó a la expectativa. Por segunda vez en estos tres años, que significan más para el pueblo argentino y para sus más sentidas reivindicaciones y derechos que todos los años silenciosos y estériles que los precedieron en el siglo, el camino que proclama sin pausa el líder, «de casa al trabajo y del trabajo a casa», vió torcerse enardecidas a las columnas de la producción. Las fábricas se vaciaron, los enormes talleres suburbanos, desde los que se fundamenta nuestro porvenir, pararon sus máquinas. Las casas humildes, solas, parecían sin alma. Todos los descamisados se habían vuelto a citar, tácitamente, en la plaza de las conmemoraciones. Y ya allí, como en aquel octubre heroico y popular, exigieron la presencia y la palabra del líder, cuya sangre y cuya vida, a través de un miserable puñado de dólares, habían comprado a un grupo de asesinos, que no sabría clasificar, los criminales enguantados.

Yo quiero decirles hoy desde aquí, a mis hermanos descamisados, lo que fué esa emoción. Una emoción nueva que, aunque hija legítima de aquella apenas distante y perdurable, tenía un nuevo sabor en la conciencia de los descamisados y en mi emoción de fragmento de esa mole enorme, sensitiva y laboriosa que forma la vanguardia incontestada de la nacionalidad. Nueva, porque no era la hermandad de la esperanza la que hacía de gigantesco factor organizador y sentimental. Era la conciencia de lo realizado y la seguridad en lo que falta por realizar, el motor que empujaba a aquella inmensa masa humana hacia la proximidad de su conductor, amenazado aquí adentro por los enemigos del pueblo y por la escoria social, y desde fuera por los enemigos jurados de la paz y de la libre y fecunda cooperación entre todos los pueblos del mundo. Era la conciencia del camino transcurrido en el diálogo, siempre renovado, del pueblo y su conductor, lo que atraía a la masa. Era la seguridad que las conquistas logradas abrían nuevas perspectivas a una más perfecta justicia social, a una más íntima convivencia nacional, a una mayor cooperación con las naciones hermanas o distantes, en bien de los derechos y de la vida del pueblo, en bien de la tranquilidad interior y en bien de la paz entre todos los hombres. Fué, lo repito, para mí como un nuevo octubre, pero un octubre enriquecido por la experiencia de estos dos años de labor colectiva, en los que el líder realizó las esperanzas populares, y las esperanzas populares cristalizaron sobre la acción del líder en apasionada lealtad. Digno el mandatario del pueblo que lo supo elegir, digno el pueblo del mandatario que se dió. Porque ambos se abrasan en la misma llama de pasión por la justicia y por la nacionalidad.

Y junto con mi emoción y con mi gratitud hacia el pueblo por su identificación con el líder, sentí en mis nervios y en mi corazón la emoción popular. Me resulta inconcebible cómo pueden persistir, por empecinados o torpes, gentes que se llamen argentinos, que se creen argentinos y que sueñen con mantenerse como argentinos, viviendo sus pobres vidas vacías y amargas al margen del inmenso crisol de generosidades y de esperanzas que es el corazón de un pueblo cuando se siente interpretado y defendido por sus gobernantes. Yo te vi, mujer laboriosa, envuelta en la dignidad del delantal del taller, alzar tus ojos juveniles hacia el líder para decirle sin palabras lo que las minorías, que se dicen cultas y que son deshumanizadas, no han aprendido aún a pensar. Yo te vi, descamisado de todos los octubres que haya menester, ofrecer la vida para salvaguardar la del que dió la suya en totalidad a la causa

de tu liberación económica, de la miseria y de la injusticia social; a la causa de tu dignificación cívica, a la causa de la recuperación nacional y a la causa del progreso, del bien y de la salud de todos los argentinos.

Te vi verdaderamente, palpablemente —¡oh, gran frente nacional por la justicia y por la paz, por la soberanía y por la fraternidad, por las mujeres, por los niños y por los ancianos, que llenan de dignidad, de alegría jubilosa y de severidad la majestad de nuestros hogares!—, tal como lo soñé, con una mayoría de brazos trabajadores en la vanguardia y arrastrando con su ejemplo y con su virtud social a todas las demás capas de la población hacia los objetivos comunes y afines de la mayoría nacional.

Estabas allí, fuerte, decidido, resuelto. Como en los grandes días de nuestra gesta de ayer y de nuestras luchas de hoy. Soldado por la adhesión y la conciencia de la justicia de nuestra causa, como una gran coraza en derredor del líder. Una coraza contra la que se estrelló la antipatria de ayer y contra la que se estrellarán los asesinos asalariados y sus mandantes de hoy, para grandeza de la patria y felicidad de sus descamisados, descamisados míos y del general. El porvenir es nuestro.

# ANTE LA PROXIMIDAD DEL DIA DE LA RAZA

CUANDO, ante la Academia Argentina de Letras, con motivo del Día de la Raza, el general Perón rindió homenaje a la memoria del genial autor de *Don Quijote de la Mancha* —breviario y síntesis de una estirpe inmortal—, fijó en su discurso un concepto básico: «Para nosotros —dijo el líder— la raza no es un concepto biológico. Para nosotros es algo puramente espiritual. Constituye una suma de imponderables valores que hace que nosotros seamos lo que somos y nos impulsa a ser lo que debemos ser, por nuestro origen y por nuestro destino. Ella es la que nos aparta de caer en el remedo de otras comunidades cuyas esencias son extrañas a las nuestras, pero a las que con cristiana caridad aspiramos a comprender y respetamos. Para nosotros, la raza constituye nuestro sello personal indefinible e inconfundible.»

Estas palabras del general Perón tienen su raíz ideal en el lema sanmartiniano de aquel severo y terminante «serás lo que debes ser o si no, no serás nada». Una raíz ideal que se confunde y se amalgama en ese sello personal, indefinible e inconfundible, como dijo nuestro conductor, que no es menos personal por heredado de la que fué madre de pueblos y sembradora de naciones. Es este sello personal el que une el claro sabor americano que tiene en nuestros días la hispanidad con el resabio añejo y generoso del tronco secular, tan rico en virtudes, en santos y en héroes, que fué capaz de transponer las puertas hasta entonces invioladas del mar e incorporar un mundo nuevo, virgen, al servicio de Dios y a la fraternidad de los hombres. Esa raza inmortal, descubridora y conquistadora, encontró en ese mundo nuevo el teatro ideal para el ejercicio de sus virtudes. Dictó leyes de humanidad y fraternidad doscientos años antes que los enciclopedistas osaran mencionar los derechos del hombre; proclamó la igualdad ante el Creador de todas las criaturas y abonó con la sangre y con el alma de su pueblo los surcos del porvenir. De esas sementeras nacieron las naciones que glorifican hoy el tronco común del que proceden y del que están orgullosas. Porque América es la eternidad de España en el mundo de la civilización.

La epopeya del descubrimiento y la conquista es, fundamentalmente, una epopeya popular. No sólo por sus hombres, que cortaron horizontes y abrieron a los siglos las puertas gigantescas de un nuevo hemisferio —como Cortés, como Mendoza, como Pizarro y como Balboa—, sino por la cruz que venía a la par de la espada. Esta era la herramienta del héroe aislado en el mundo agreste; aquélla, el signo de paz, de igualdad y de amor entre los fieros defensores de la fe y los conquistadores para el reino de Jesús más que para el reino de Fernando e Isabel. La leyenda negra con la que la reforma se ingenió en denigrar la empresa más grande y más noble que conocen los siglos, como fueron el descubrimiento y la conquista, sólo tuvo validez en el mercado de los tontos o de los interesados. A nadie engañó que no quisiera ser engañado. Y cuando cuatro siglos después del descubrimiento los hijos de los conquistadores reivindicaron su mayoría de edad y su derecho a vivir en libertad y al margen de tutelas, las naciones que florecieron del esfuerzo de sus héroes habían recibido de la madre patria lo que es privativo de la maternidad: la sangre de más de la mitad de su pueblo, que había quedado en América, fructificándola, abonándola y dándole razón de ser durante el período de la conquista y la colonización.

Somos, pues, no sólo hijos legítimos de los descubridores y conquistadores, sino herederos directos de su gesta y de la llama de eternidad que ellos transportaron por sobre los mares. Y esa llama tiene su mejor resplandor en los derechos del pueblo, en las necesidades del pueblo, en el porvenir del pueblo y en su paralelismo e identidad con la vida de la Nación. Pueblo y Nación fueron uno solo en los años epopéyicos que hicieron posible la conquista y la colonización. Pueblo y Nación son una sola potestad en nuestra actualidad recuperadora, justiciera y fecunda, y su fuerza mayor reside en esa unidad, llave que abre todas las puertas y palanca que levanta al nuevo mundo a la altura del porvenir. Un porvenir de justicia y de paz por el reconocimiento del pueblo como fuente exclusiva de legalidad y de poder. Como nosotros supimos instituirlo.

El 12 de Octubre es, por lo mismo, una fiesta de la hispanidad, que toca por igual a España que a sus hijas de América. Así lo entendió el gobierno argentino cuando perpetuó en términos magníficos el sentido de esta conmemoración: «La España descubridora y conquistadora —dice el decreto que dió existencia oficial al Día de la Raza— volcó sobre el continente enigmático y magnífico el valor de sus guerreros, el denuedo de sus sabios, las labores de sus menestrales; y con la aleación de todos estos factores obró el milagro de conquistar para

la civilización la inmensa heredad en que hoy florecen las naciones a las cuales ha dado, con la levadura de su sangre y con la armonía de su lengua, una herencia inmortal que debemos afirmar y mantener con jubiloso reconocimiento.»

Seamos dignos de esa herencia inmortal multiplicando nuestra fraternidad nacional, unificando cada vez más los objetivos superiores del pueblo y de la Nación, echando abajo todas las murallas que puedan separar aún a los trabajadores de la conquista del porvenir. Ante nosotros, como ante nuestros ascendientes heroicos de la conquista, un nuevo mundo social se ofrece a los capaces de renunciar a sí mismos y a conquistar para sus hijos y sus herederos un mundo mejor. Seamos dignos de la magnífica herencia, repito. No vacilemos ante la intriga, ante la calumnia, ante lo desconocido para los que no saben ver más que sus intereses egoístas. Luchemos como supieron luchar los hombres de Cortés, de Mendoza, de Balboa y de Pizarro. Reeditemos su fe en Dios y en nuestros derechos a ser definitivamente libres, dueños y soberanos de nuestro propio destino, y las generaciones venideras, como nosotros ante ellos, nos honrarán porque supimos ser dignos de nuestros mayores y renunciar para la felicidad de nuestros descendientes. Este es mi homenaje al Día de la Raza, día del pueblo que nos dió el ser y que nos legó su espiritualidad. ¡Bendito sea!

# SIGNIFICADO NACIONAL DEL 17 DE OCTUBRE

QUE el 17 de Octubre es una fecha definitivamente incorporada a las que señalan nuestras gestas de más acentuado sabor popular y más efectivo contenido nacional ya es incuestionable, como es incuestionable que nada ni nadie logrará borrarla de la vida de nuestro pueblo. Tiene, para nuestra independencia económica y nuestra evolución social, el mismo significado que el 25 de Mayo tuvo para nuestra independencia política. Aquel día de 1810, el pueblo, unido a sus próceres representativos, abrió los caminos nuevos hacia la proclamación que seis años después se realizaría en Tucumán. Y de la misma manera, aquel día ferviente de 1945, unido el pueblo al hombre de su elección del que no aceptaba separarse, abrió las perspectivas para una nueva política económica, una nueva política social y una etapa superior, nueva también por ser más fraternal y más justa, en la vida común de todos los argentinos.

En la historia de nuestra vida como pueblo y como Nación el 25 de Mayo y el 17 de Octubre son fechas que se corresponden. Señalan el paso inicial hacia un objetivo superior, anhelado por el pueblo e irrenunciable para la Nación. La independencia política, que reivindica el primero al librarnos de tutelajes ya insostenibles y que forjó las fronteras, el sentimiento nacional y el ambiente físico de la patria, nos dió una nacionalidad. La independencia económica, como base del perfeccionamiento social que reclama el segundo —defendiendo y protegiendo los valores actuales y, por lo mismo, completando y fortaleciendo la independencia política heredada—, también corresponde al fervor popular y al anhelo más hondamente sentido: el de la unidad de todos en la justicia social y en el progreso común. Y supo dárnosla.

Para mí éste es el significado más hondo del 17 de Octubre, que se levanta en nuestra historia como un inmenso marco que separa dos épocas perfectamente definidas. Del lado de allá están los años en que la unidad del pueblo —sólo realizable y posible dentro de los conceptos de justicia social que nos señaló nuestro líder, el general Perón— fué una fuerza en potencia que ningún gobernante se atrevió a traer a la

superficie de nuestra vida común. Los grandes intereses monopolistas y explotadores de nuestro trabajo así lo imponían y encontraron en la oligarquía un socio complaciente y dócil para burlar a la Nación. Del lado de aquí están los años en los que esa unidad, antes imposible, se va plasmando bajo la dirección del líder, apoyándose en tres aspectos fundamentales de su obra: la justicia social, unificando fuerzas hasta entonces antagónicas e irreconciliables; la recuperación de nuestro patrimonio colectivo y sus fuentes económicas permanentes, derribando al mismo tiempo las represas postizas que impedían nuestro libre desenvolvimiento nacional y nuestra propia industrialización, y, finalmente, la voluntad cooperadora y pacifista que el general Perón ha reiterado ante todos los pueblos próximos o distantes, característica esencialísima de nuestra política internacional.

Estos tres fundamentos han forjado un hecho nuevo en nuestra historia política, cuya primera demostración está en el alma misma del 17 de Octubre, cuando todo el pueblo sale a recuperar a su líder. Es la unidad entre pueblo y gobierno. Una unidad patriótica y reordenadora que sólo habíamos conocido en 1810 y que desde aquellos días gloriosos de las campañas por la independencia hasta la actualidad, sólo esporádicamente pudimos adivinar en los mejor intencionados.

*

La unidad entre pueblo y gobierno —porque éste se sabe plenamente apoyado por aquél y aquél totalmente representado por sus elegidos— no sólo es un hecho nuevo en la historia política de la Nación, sino que encarna la palanca específica para todas las superaciones. Esta unidad, cuya primera manifestación, repito, se dió el 17 de Octubre, como unidad revolucionaria que es, tiene características esencialmente dinámicas. A cada año que pasa, a cada conmemoración, multiplica su contenido y amplía los cuadros de esa labor conjunta entre pueblo y gobierno, que es la suprema garantía del logro de nuestro porvenir. Y es lo que sobre todas las cosas quiero destacar hoy.

Aquel 17 de Octubre de 1945, cuando en la plaza de Mayo se volvieron a encontrar, para no separarse, el pueblo y el entonces coronel Perón, la unidad del líder y su pueblo era sobre todo la unidad de dos esperanzas. Dos esperanzas que tendían paralelamente al mayor bienestar de todos los argentinos por los amplios caminos de la justicia social, de la recuperación nacional y el traspaso del comando de nuestro destino a manos insobornablemente argentinas. Un año después, cuando conmemoramos otra vez unidos la recuperación del líder, presidente ya de todos los argentinos, lo que fuera esperanza era ya en gran parte realidad. La recuperación nacional iba por toda la República

confiando a manos argentinas los controles de nuestra economía venalmente entregada por los vendepatrias de levita. El capital, en tranco de humanización, y el trabajo, definitivamente dignificado, se iban uniendo ante el objetivo común y superior del bienestar colectivo y de la grandeza de la Nación. Un año después, las razones para la unidad entre pueblo y gobierno se habían multiplicado. Los ferrocarriles eran nuestros, no teníamos deuda exterior y el crédito argentino abría los brazos a los pueblos devastados y caía sobre ellos como una bendición.

*

Hoy, cuando conmemoramos ese día tan íntimamente nuestro, el 17 de Octubre, ha enriquecido su caudal. Pueblo y gobierno están más unidos que nunca en la multiplicación de las fuentes de trabajo, en la defensa de nuestra fraternidad nacional, en la protección del patrimonio común, en el respeto a los derechos cívicos, en la preservación de nuestra soberanía y en el mantenimiento de la paz entre los hombres y la conquista de un mundo mejor, fruto de la tolerancia, del trabajo y de la fe, valores esenciales de la condición humana. Por eso el 17 de Octubre es una fecha definitivamente incorporada a las que señalan nuestras gestas de más acentuado sabor popular y más efectivo contenido nacional. Y nadie ni nada logrará borrarla de la vida y del corazón de los descamisados y de su líder, entrañablemente unidos para gloria de la Nación.

# LOS REZAGADOS DEL DESPERTAR NACIONAL

TODO adelanto, toda superación, presupone una marcha, y en todas las marchas hay grupos perfectamente diferenciados. El primero es aquel que, devorando distancias y poniendo en acción todas sus reservas de energía para alcanzar el objetivo común como única posibilidad de descanso, sabe lo que quiere y está dispuesto a superar todos los obstáculos para llegar hasta allí. El segundo es el de los rezagados, los que se quedan atrás y van deteniéndose y quedando a los costados del camino en cada jornada, faltos de fe, faltos de energía y faltos de conciencia de lo que pretenden alcanzar. Los primeros tienen alma de luchadores y por eso merecen la victoria; los segundos desconocen esa virtud y porque no tienen fe, ni energía, ni conciencia, terminan como aquel melancólico rey moro que «lloraba como mujer lo que no había sabido defender como hombre». Ese es su fin.

Felizmente para nosotros, en nuestra historia, los luchadores siempre han sido los más y los rezagados han sido los menos. El pueblo, en todas sus etapas, marchó a la cabeza de las minorías acomodaticias, descorazonadas y sin fe y alcanzó sus objetivos comunes siempre que encontró un conductor capaz de señalarle los caminos y de unificar sus energías populares evitando su dispersión. Y abandonó a los costados del sendero, como se abandona lo inútil, a los cobardes y a los pillos, como eternos rezagados de la nacionalidad. Sólo así fué posible nuestra independencia, uniendo la consecuencia y la combatividad de los sectores más populares de la población a los anhelos y a la conciencia de los hombres de Mayo; sólo así fué posible la epopeya de la guerra por la liberación de medio continente, cuando los ejércitos gauchos, siguiendo la alta inspiración sanmartiniana, llevaron las banderas de libertad y autodeterminación hasta las playas del Pacífico. Y sólo así fué posible nuestra segunda liberación, cuando los trabajadores argentinos, unidos en un solo bloque alrededor del coronel Perón, proclamaron en aquel octubre inolvidable que sus viejos enemigos, la oligarquía y el imperialismo, ya no tenían nada que hacer en una nueva Argentina, otra vez en marcha porque había encontrado a su conductor.

De éstos, de los que, unidos a su líder, van escribiendo la historia, la historia misma se ocupará cuando analice los valores reales que dignifican una etapa y que expresan lo positivo de una época. Yo quiero ocuparme hoy de los otros, de los que la historia sólo hablará para señalarlos como contrapartida, como antagónicos a los que están transformando el país y haciéndolo socialmente justo, económicamente libre y políticamente soberano. Me voy a ocupar de los rezagados que el pueblo argentino va dejando a los costados del camino en esta marcha popular hacia las formas superiores de convivencia social. De esos infelices sin fe, sin energía y sin conciencia de su propia condición, de lo que buscan y de aquello a que aspiran.

En el discurso que pronunció ante los descamisados este 17 de Octubre, nuestro líder hizo una afirmación que es toda una síntesis de nuestra actualidad políticosocial: «En lo interno —dijo el general Perón— ya no tenemos oposición; tenemos solamente opositores y opositores ofuscados, que no representan ningún peligro. A esos opositores los hemos de vencer como se vence en las democracias: con las urnas y con los votos.» Esos opositores, que son precisamente los rezagados de nuestra actualidad política de quienes me ocupo hoy y que a pesar de la permanente alharaca con que se quieren impresionar a sí mismos no llegan a formar una oposición, acaban de demostrar, por una de sus fracciones más ofuscadas, que las luchas cívicas en las urnas, llevando por armas los votos, como es de rigor en los cuadros democráticos, ya no están en el programa de sus próximas actividades. Me refiero concretamente a los socialistas.

*

Su proclamada abstención en las próximas elecciones para convencionales a la asamblea constituyente no puede sorprender a nuestro pueblo. Las urnas, la conciencia cívica, la dignidad del voto y todas sus consecuencias sólo sirvieron al socialismo como tema de agitación, nunca como objetivo real ni como campo propicio a su propio desenvolvimiento. Durante más de cuarenta años y ante los reiterados fraudes de la oligarquía, el socialismo lloró la ausencia de efectivos derechos cívicos, pero los lloró con lágrimas de cocodrilo. Y cuando por primera vez estos derechos fueron garantizados y el pueblo pudo votar sin temor a represalias y sin temor a ver negado su voto, el socialismo se unió con los mismos que lo habían tenido de aquí para allá durante medio siglo, haciendo causa común con los fraudulentos y sus cómplices.

Las elecciones de febrero de 1946, y las de marzo de este año, colocaron al socialismo en el lugar que le corresponde dentro del

cuadro que expresa la verdad política de nuestra actualidad: como pequeño quiste superficial falsamente obrerista, falsamente popular y falsamente antioligárquico.

Lo desenmascaró desde el punto de vista de su ligazón con las masas y ellos mismos se desenmascararon desde el punto de vista de su fidelidad al pueblo. Les volvieron la espalda a los trabajadores, uniéndose a los representantes más crudos de la reacción y del imperialismo: intentaron anular sus conquistas sociales mancomunándose con los grupos de aventureros que habían exigido la renuncia de Perón en aquel vergonzoso 9 de octubre y participaron activamente en aquella unión de vendepatrias que exhibía el rótulo democrático.

Fracasados entonces y fracasados después, desahuciados por el pueblo a quien decían representar en cuarenta años de charlatanería hueca, reducidos a un grupito de resentidos, sin fe en los trabajadores, sin energía para sumarse a la marcha nacional y sin conciencia de su propia insignificancia, decretan la abstención. Y mientras las mayorías vencen distancias y superan obstáculos, ellos sintetizan a los rezagados que siempre se han quedado y siempre se quedarán a las orillas del camino cuando los pueblos marchan hacia su redención social.

# ANTE LA TERCERA BATALLA ELECTORAL

EL peronismo, movimiento popular justiciero en lo social, recuperador en lo económico y soberano en lo político, va a librar su tercera batalla electoral. Las que precedieron a la que se avecina señalaron nuestro triunfo en una proporción que sorprendió a nuestros adversarios, incapaces de recapacitar y comprender, aunque no fuera más que en parte, que algo había cambiado en el seno de la Nación, desde el día en que el coronel Perón, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, advirtió a los argentinos que toda transformación encarnaba necesariamente el perfeccionamiento social y que las fuerzas del trabajo habían alcanzado su mayoría de edad y ya no podían ser negadas. Fueron triunfos del pueblo, alcanzados en urnas de cristal por lo transparentes y limpias de cualquier presión. Y como la voluntad popular se ejerció en su totalidad y sin ninguna traba, el triunfo del peronismo, que fué el triunfo del pueblo y por lo tanto el del espíritu mismo de la nacionalidad, tuvo la virtud de borrar para siempre de nuestras prácticas electorales el fraude, la coacción y la burla a los derechos ciudadanos.

Triunfamos en 1946 imponiendo la voluntad de los más sobre los privilegios de los menos y, como siempre que se enfrentan mayorías y minorías, nuestro triunfo, que nos libró de la opresión, del colonialismo y de los fraudes repetidos, también libró a nuestros adversarios de esas vergüenzas y de esos vicios, aunque los librara a pesar de ellos mismos. Dos años después, a principios del actual, volvimos a demostrar en otra batalla política, igualmente inobjetable, que el peronismo no sólo resistía a la prueba del tiempo y del uso del poder, sino que multiplicaba sus bases populares, señalando su presencia electoral con índices superiores a la elección anterior. Ahora, frente a la nueva cita que se ha dado la nacionalidad para inscribir en la Constitución los derechos de los trabajadores y consolidar sus conquistas, el peronismo volverá a demostrar que es la mayoría y que esa mayoría está definitivamente enrolada en la causa progresiva, recuperadora y revolucionaria que inspira y dirige el general Perón.

## E S C R I B E  E V A  P E R O N

Ninguno de los políticos que formaban la dirección de nuestros adversarios supo comprender las causas de su derrota. Sólo así se explica que el binomio bradenistaoligárquico, después de las elecciones de febrero y mientras se iniciaba el recuento electoral, fuera recibido en aquella casa mal llamada del pueblo (en la que el pueblo nunca entró, en la que jamás se proclamaron sus derechos y de la que no salió nada que no fuera contra el pueblo) y se viera aclamado como triunfador cuando sufría una derrota que lo hundió para siempre en la impotencia y el olvido. Ninguno de los políticos alzados contra los derechos populares, a quienes la oligarquía y sus patrones encomendaron el papel de mascaritas de sus privilegios, podía comprender las causas de esa derrota, y es natural que fuera así. ¿Cómo iban a comprender al pueblo si ni les importaban sus derechos, ni les interesaba su vida, ni les importaban sus necesidades, ni sufrían su dolor, ni vivían sus esperanzas? ¿Cómo iban a comprender al pueblo si no lo conocían ni les interesaba? ¿Qué era el pueblo para esos políticos? La canalla, cuya única misión era la de trabajar con salarios de hambre para que los caballeros de la oligarquía y los caballeros del imperialismo pudieran gozar de sus vidas inútiles y parásitas. Y cuando dejamos de ser «la canalla», fué para ser «los descamisados». Pero ese día fué también el último día del monopolio político de la oligarquía y el de la victoria popular en la calle, que anunciaba ya con absoluta seguridad su victoria posterior en las urnas. Pero ni una ni otra enseñaron nada a la reacción ni a los politiqueros que la servían.

*

La victoria de 1946, con la que el pueblo dijo a la Nación que había encontrado finalmente a su líder y que exigía que se entregaran a él las riendas del gobierno, tuvo una razón esencial: el contenido social que el entonces coronel Perón supo dar al despertar del pueblo, encauzando sus fuerzas dispersas hacia objetivos superiores de convivencia nacional, de justicia social, de soberanía política y de independencia económica. En febrero de 1946 los descamisados quisieron consolidar en un período constitucional las conquistas logradas en los días de la revolución, que, a medida que fijaba su dirección en manos del coronel Perón, iba satisfaciendo las necesidades populares y fijando en las prácticas diarias la justicia de sus derechos. Su obra desde el gobierno abrió a los ejércitos ciudadanos que concurrieron a los comicios de marzo de este año las perspectivas y la posibilidad de opinar sobre la misma y de

reafirmar su fe en nuestro líder o negarse a seguir por los caminos que él señalaba y que iban resultando familiares a todo el pueblo argentino En esa ocasión, como en la anterior, el peronismo —el peronismo no es sólo voluntad mayoritaria, sino la mejor esperanza de la Nación— dijo al líder que había consolidado su unidad y que la política del gobierno estaba en un todo de acuerdo con sus necesidades, con sus derechos y con sus perspectivas cada vez más justificadas y cada vez más viables de total redención en el triple aspecto de nuestra convivencia social, pacífica y fértil, de nuestra liberación económica, total y ordenada y de nuestra soberanía política, completa y efectiva.

Ese fué el contenido de la última elección; y la que se avecina tiene por objeto, mediante su incorporación a la Constitución Nacional, fundamentar más sólidamente las conquistas logradas. Nosotros sabemos que volveremos a triunfar, porque el pueblo es siempre consecuente consigo mismo y con los que, lealmente, apasionadamente, incansablemente, luchan por él. Pero no es extraño que nuestros adversarios, que son los de siempre, no lo crean así. Es que no conocen al pueblo, no les interesa el pueblo ni han aprendido nada desde que el pueblo les dió la espalda, en febrero de 1946.

# EL PUEBLO QUIERE SOLUCIONES ARGENTINAS PARA LOS PROBLEMAS ARGENTINOS

LA historia del hombre es la historia de una búsqueda incesante de la justicia. Por la justicia se han librado guerras y firmado tratados de paz; han surgido despotas y han caído imperios; se han formado estatutos jurídicos y se los ha violado despues; se ha escarnecido a los genios y encumbrado a los necios. Todos estos son episodios de esa larga lucha por la justicia, ese estado de equilibrio que le permite al hombre distrutar de su vida, gozar de los frutos de su trabajo, organizar una familia, edificar para el porvenir y convivir en paz con sus semejantes.

Los argentinos integramos un pueblo singularmente amante de la justicia. Marchamos en pos de ella, a través de todos los sacudimientos y todas las tormentas. Sabemos que sólo la justicia —aquel equilibrio— puede depararnos la felicidad.

La articulación de la reforma constitucional que va a realizarse es una etapa de esa azarosa y noble búsqueda de la justicia. Ya no es justo, por ejemplo, para nosotros, ni para nadie, el individualismo económico y jurídico. Los pueblos claman por sus derechos. Claman, mejor, por su derecho esencial a la vida. Y la Constitución que nos rige está inspirada en ese individualismo económico y jurídico que ha perdido validez por su injusticia.

*

Debe hacerse notar que la reforma constitucional fué siempre considerada necesaria e inevitable por nuestros hombres de derecho. Hoy es imperiosa, porque el país no puede vivir encuadrado en moldes antiguos, que lo ciñen y lo ahogan.

Fué necesario el advenimiento de un conductor como el general Perón para que la idea de la reforma se concretase. El pensamiento del presidente de los argentinos destaca la necesidad de actualizar el texto constitucional, y recuerda que los fundamentos en que debe reposar una Constitución viva para nuestro pueblo, deben ser la independencia económica y la justicia social. A la preocupación del general Perón por dignificar la condición humana, se agrega la decisión de procurar un nivel de vida superior para los argentinos, devolviéndoles la sensación de ser los verdaderos dueños de su tierra.

No vivimos en un laboratorio. Vivimos, debatiéndonos, en un campo de batalla. Hay que estar alerta, porque el desfallecimiento es la derrota, como lo es el estancamiento, la morosidad. Y si se piensa que nadie gobierna, legisla ni juzga solamente para el encuentro de hoy, sino para la probable paz de mañana, se advierte la responsabilidad inmensa que tenemos ante las futuras generaciones argentinas. Hay que procurarles un estatuto fundamental adecuado a su desarrollo. Hay que darle a la patria de mañana, a través de la patria de hoy, lo que necesita para cumplir su destino.

*

Luego de dos guerras trascendentales, y de conmociones sociales y psicológicas profundas, nadie cree que un pueblo deba vivir esclavizado a un texto frío, a una Constitución anticuada, mientras que se destaca, como verdad incontrovertible, que la Constitución debe estar al servicio del pueblo. Porque no hay peor tiranía que la de la ley, cuando es inadecuada a las necesidades del conglomerado social.

Es preciso asegurar el trabajo; hacer llegar sus frutos a quienes lo merecen por su esfuerzo; asegurar al hombre, a la mujer, al niño, contra el hambre y la enfermedad; impedir que la vejez y la incapacidad transformen a un argentino en un paria; garantizar un mínimo de bienestar para todos los argentinos; hacerles sentir que ellos mismos son los artífices de su destino y los dueños de sus obras; infundirles, en fin, la tranquilidad que procura tener la seguridad del pan y la conciencia de haberlo ganado.

Es preciso dar a la propiedad un nuevo sentido, un sentido social, quitándole al vocablo y al concepto que denomina su peligroso sentido egoísta. Y es preciso, en fin, devolver a los argentinos lo que no siempre ha sido y debe ser argentino.

*

La inminente intervención de la mujer en la vida política argentina, impone la consideración de normas jurídicas correspondientes en el nuevo estatuto constitucional. Además, el pensamiento inspirador del general Perón ha trascendido al pueblo, movilizándolo en favor de las reformas. Ese pueblo ha sentido sus necesidades, las conoce y las impondrá en la Asamblea Constituyente. Por ellas sustentó la revolución, típicamente argentina, que estamos viviendo.

El pueblo, pues, inspirado por su conductor, desea que se consolide en un cuerpo constitucional lo que esta revolución ha logrado, para que

luego, al amparo de las normas justas, pueda desarrollarse la existencia nacional en su plenitud. Quiere ese pueblo soluciones humanas para los problemas humanos, y soluciones argentinas para los problemas argentinos.

Económicamente independiente y socialmente feliz, afianzado sobre un texto constitucional justo, comprensivo y dinámico, el pueblo de la nueva Argentina reemplazará a ese otro huérfano de ideales, carente de pan, confuso y enfermo, que entre dos incendios va buscando la anhelada senda media.

# INDICE


Por qué soy peronista ..... 7
Ayuda social, sí; limosna, no ..... 9
Significación social del «descamisado» ..... 12
Olvidar a los niños es renunciar al porvenir ..... 15
El deber actual de la mujer argentina ..... 18
La justicia social se consolida con una mayor producción ..... 21
«Después que uno está perdido, no lo salvan ni los santos» ..... 24
Hacia la total emancipación de los «descamisados» del campo ... 26
Mis conversaciones con el general Perón ..... 29
Mensaje de gratitud a los «descamisados» ..... 32
Ante la proximidad del Día de la Raza ..... 35
Significado nacional del 17 de Octubre ..... 38
Los rezagados del despertar nacional ..... 41
Ante la tercera batalla electoral ..... 44
El pueblo quiere soluciones argentinas para los problemas argentinos ..... 47

PRESIDENCIA DE LA NACION
SUBSECRETARIA DE INFORMACIONES